

religiosa, me interesa que no se ataque al derecho inviolable de la conciencia.

Señores: este artículo indudablemente ha sido tomado de un artículo del Código francés. La ley, al hablar de ceremonias, lo que quiere decir es que si mañana sale una procesion católica con un Viático, ó bien los santones, ó como se llamen, de una sinagoga, por las calles, no se les ridiculice. Y esto es tan cierto, que en Francia no se condenaban los libros que negaban la idea de Dios, los libros que negaban el catolicismo, la Encarnacion, el Verbo, y se prohibia y se condenaba por los tribunales el reirse de cualquier dogma de cualquiera religion.

Por consiguiente, es necesario que sepamos aún dentro del derecho penal hasta dónde llegan nuestras facultades: no podemos escarnecer, pero podemos discutir y podemos negar.

SESION DEL 24 DE OCTUBRE DE 1871.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Castelar tiene la palabra para rectificar.

El Sr. CASTELAR: Señores Diputados, el Congreso recordará que al concluir de hablar el Sr. Estéban Collantes me levanté yo á decir que no tomaría la palabra sino al término de la discusion; y como quiera que el Sr. Ministro de la Gobernacion acaba de resumir el debate, ésta es la hora y sazon oportunas de que yo rectifique las ideas que se me han imputado y las afirmaciones equivocadas que se han hecho en toda esta larguísima discusion. El Congreso no olvidará que habló primero el Sr. Alonso Martinez; que despues del Sr. Alonso Martinez habló el Sr. Estéban Collantes; que despues del Sr. Estéban Collantes habló el Sr. No-

cedal, que despues del Sr. Necedal habló el Sr. Martinez Izquierdo, y que despues del Sr. Martinez Izquierdo ha resumido el debate el señor Ministro de la Gobernacion.

Yo debo contestar á todos estos discursos, y el Congreso, que sabe la mucha gratitud que yo le guardo por la benévola atencion que siempre me presta, el Congreso me oirá por última vez en este debate.

Señores, habiendo ya contestado en el acto al señor Alonso Martinez, confieso que en el calor de la improvisacion y en la vehemencia del discurso se me olvidó un punto capitalísimo, se me olvidó el punto de los derechos individuales. El Sr. Alonso Martinez nos decia que nosotros, al fundar los derechos individuales, fundábamlos en un mito, en un ente de razon, en una entelequia: y cuando yo preguntaba cuál era ese mito, cuál era ese ente de razon, el Sr. Alonso Martinez respondia que el mito, que el ente de razon era el hombre, era el género humano, era la naturaleza humana. Para el Sr. Alonso Martinez el hombre nace en la familia, el hombre nace en la nacion, y como el hombre nace en la familia, y como el hombre nace en la nacion, debe atenderse ántes á estas condiciones que á su naturaleza de hombre. Pues bien: el Sr. Alonso Martinez funda el derecho en todo lo que hay de contingente, en todo lo que hay de accidental, y prescinde de todo lo que hay de permanente, de todo lo que hay de eterno: prescinde de la humanidad. Es accidental que yo sea español; prefiero ser español más que de cualquiera otra nacion; porque, como he dicho otras veces, despues de haber leído la historia de todas las grandes mujeres, ninguna he preferido á mi madre; y despues de haber leído la historia de todas las grandes naciones, ninguna he preferido á mi patria.

Pero es, Señores Diputados, completamente acciden-



tal que yo sea español ó frances, ó griego ó ruso, y es completamente accidental tambien que yo tenga el modesto y plebeyo, pero honrado nombre de Castelar, ó tenga el ilustre de Tellez ó de Giron. Y sin embargo, el Sr. Alonso Martinez funda el derecho en todo ese conjunto de accidentes, y cuando yo lo fundo en la naturaleza humana y en las facultades del hombre, que son independientes del tiempo, de las circunstancias y de los accidentes históricos, S. S. me dice que fundo el derecho en un mito. Pues, Sr. Alonso Martinez, todos los grandes movimientos de la historia humana se han realizado en virtud de ese mito. Sócrates fundó la conciencia moral, porque separó la conciencia de los altares, de las tradiciones históricas, de las circunstancias de tiempo y de la patria, y así elevó la conciencia humana. Cristo fundó una gran religion, porque su palabra fué, no para griegos ni para judíos, sino para todo el mundo, porque dijo: «No quiero más religiones nacionales, sino una religion para todos los hombres.» Y por eso nuestra idea del derecho es el complemento de toda la civilizacion moral y cristiana que ha engendrado el antiguo movimiento filosófico, el nuevo movimiento religioso y el novísimo movimiento científico; porque nuestra idea del derecho se funda en lo que nadie puede destruir, en el inmortal espíritu del hombre.

Y decia el Sr. Alonso Martinez: «No poneis ningun límite al derecho, creeis el derecho ilimitado.» No hemos creído nunca el derecho ilimitado. El derecho nace de la condicionalidad humana: por lo mismo que el hombre es limitado, tiene derecho; si no lo fuera, no lo necesitaria. Por consiguiente, no es justa esa observacion. Lo que nosotros queremos, lo que nosotros sostenemos, es que el derecho no se limita y no se puede limitar sino por el derecho de otra persona, sino por el derecho de los demas; y como el derecho está limitado

por el derecho, porque es esencial y fundamentalmente idéntico el derecho de todos, puede decirse por una extension de sentido que el derecho es ilimitado, y el órgano de la sociedad, el Estado, no tiene más que un ministerio, el ministerio de hacer coexistir todos los derechos.

Hé aquí lo que nosotros entendemos por derecho. Y luégo nos decia el Sr. Alonso Martinez: «Declarais el derecho humano ilegislable.» Tampoco lo declaramos ilegislable en el sentido que nos atribuia S. S.: nosotros creemos firmemente que á los poderes legislativos les compete cambiar las organizaciones administrativas y políticas; pero nosotros creemos que ningun poder legislativo tiene derecho sobre mi pensamiento, sobre mi conciencia, sobre mi hogar, sobre lo que es inherente á la personalidad humana.

Así, puede destruir la república ó puede destruir la Monarquía, ó puede modificar el poder judicial, ó puede modificar el municipio, un Congreso ó una Asamblea ó un comicio; pero lo que no puede destruir sin grave atentado á la justicia y al derecho, es la propiedad de mi pensamiento, la propiedad de mi conciencia, la propiedad de mi alma.

Éste es, señores Diputados, el sentido en que nosotros creemos que el derecho es ilimitado é ilegislable. Ahora bien, de nadie ménos que del Sr. Alonso Martinez debia venir un ataque de esta especie. ¿Sabeis por qué? Porque este derecho natural limita la soberanía de las muchedumbres: y como quiera que nos encontramos en una sociedad de sufragio universal, y como quiera que este mismo sufragio universal que ahora hemos concedido, puede mañana conservar el poder inmanente, como lo tienen algunos cantones suizos, es indispensable que les digamos á las muchedumbres, que tambien pueden ser tiranas, que corren mucho peligro



de ser tiranas, que lo han sido muchas veces: «Tendréis, les dirémos, derecho y competencia sobre todo; pero no sobre mi alma, no sobre mi pensamiento, no sobre la eterna propiedad de mi sér.» Y al hacer esto, limitamos, no las tiranías de los Reyes que se van, no las tiranías de los Pontífices que concluyen, sino la terrible tiranía de las muchedumbres.

Y concluyen aquí mis observaciones al Sr. Alonso Martinez, y me dirijo ahora al Sr. Estéban Collántes. Nadie se complace como yo en reconocer la naturalidad, el ingenio, la gracia con que el Sr. Estéban Collántes defiende siempre todas sus tesis.

Lo que especialmente me extraña y me maravilla en el Sr. Estéban Collántes es la naturaleza de su memoria. Yo no reconozco memoria más feliz que la de S. S. para recordar todos los desaguisados del partido progresista, así como no reconozco memoria más desgraciada cuando se trata de recordar todas las arbitrariedades, todas las violencias del partido moderado. El Sr. Estéban Collántes, aludiendo á ciertos viajes de que yo hablé, decia: «Los Diputados, bajo el régimen moderado, en todo tiempo, en todas ocasiones, pudieron hacer lo que quisieron, porque en toda ocasion y en todo tiempo se respetó la libertad parlamentaria.» En todo tiempo, es verdad, en todo tiempo, ménos cuando los Diputados tenian que pedir el cumplimiento de artículos de la Constitucion, como el de la reunion anual. Entónces eran cercadas sus casas, derribadas sus puertas, arrancados de sus lechos, conducidos á las playas y entregados á los mares, no tan profundos como el proceloso olvido del Sr. Estéban Collántes.

Pero nos decia el Sr. Estéban Collántes: «Yo nada tengo que agradecer á los que me han dado esta libertad.» Eso es cierto: nada tiene S. S. que agradecer á los que le han dado la libertad. S. S. hace lo que hace

porque tiene derecho para hacerlo, porque debe hacerlo en uso de su derecho, como pueden hacerlo todos los ciudadanos y todos los Diputados. Pero ¡ah, Sr. Estéban Collántes! cuando podeis proclamar vuestra Reina; cuando podeis proclamar su legitimidad; cuando podeis agruparos en torno suyo; cuando podeis desplegar su bandera; cuando podeis traer aquí vuestras ideas, ¿os atreveis á hablar contra los derechos individuales? Esto, por otra parte, poco importa, porque los derechos individuales son como el sol, que iluminan y vivifican á los mismos que los niegan y los desconocen.

Pero S. S. cometió un acto político importantísimo. El Sr. Estéban Collántes, al acabar su discurso, volviendo hácia el Gobierno sus miradas, dijo: «Teneis nuestro presupuesto, teneis nuestro ejército, teneis nuestras cruces, teneis nuestra aristocracia, teneis nuestra limitacion de los derechos individuales, teneis nuestra fórmula, y puesto que nos habeis dado lo que constituye la esencia de aquella forma política, dadnos su nombre, dadnos su representacion, dadnos nuestro Rey.»

¡Y qué profunda era esta frase! ¡Qué trascendental era esta demanda! Es verdad; cuando las dinastías desconocen el principio que las ha dado origen, las dinastías se hunden y desaparecen. Se hundió la dinastía de Luis Felipe, que representaba la superioridad de las clases mercantiles y de las clases inteligentes sobre el pueblo, cuando se negó á dar entrada á las capacidades en su ley electoral. Se hundió la dinastía de Napoleon, que representaba el cesarismo y el plebiscito, cuando llamó á los Parlamentos, cuando dejó la libertad de la prensa y la libertad de reunion. Se hundió la dinastía de Isabel II, que representaba el derecho histórico, cuando quiso acabar con el sistema parlamentario.



rio, que fué la idea á que debiera el sér. Pues bien; la dinastía presente no representa más, no significa más que el título 1 de la Constitucion, y el dia que caiga el título 1 de la Constitucion, el dia que el título 1 de la Constitucion sea interpretado por los Cuerpos Colegisladores reaccionariamente, en aquel dia los Saboya no tienen razon de ser.

De suerte que vosotros, Gobiernos reaccionarios, sois tan ciegos, que con la misma espada que vais á matar los derechos individuales que encierra el título 1 de la Constitucion, vais á matar la dinastía que los representa.

Y entro ahora á departir con el Sr. Nocedal. Yo no tengo palabras bastantes para agradecer los elogios inmerecidos de mi parte que el Sr. Nocedal me dirigia ayer: yo, que creo en la sinceridad de S. S., creo que sus elogios son sinceros, y por lo mismo debo agradecerlos más todavía, porque no son un acto de cortesía parlamentaria. Yo debo deciros, sin que tampoco sea esto una reciprocidad de cortesía parlamentaria, que me falta á mí mucho para llegar á su correcta frase, á su lenguaje siempre castizo, á esa intencion siempre sostenida, y á todas las dotes que en tan altísimo grado posee el Sr. Nocedal, y que hacen de él uno de los primeros oradores parlamentarios de nuestra Patria. Y dicho esto, señores Diputados, entro á rectificar las ideas falsas que el Sr. Nocedal me ha atribuido, y las ideas falsas que el Sr. Nocedal ha opuesto á mis afirmaciones.

Llamábame S. S. hombre funesto. Yo debiera de esa frase ofenderme; pero no me ofendo de ella, porque creo que no la merezco. Yo hubiera querido ser más funesto, si he sido algo en la corta medida de mis fuerzas; yo hubiera querido ser más funesto para la intolerancia religiosa que hacía de España la China de

Europa; para la Monarquía absoluta, que habia ahogado todas las nobles aspiraciones de este generoso pueblo.

Pero el Sr. Nocedal me atribuyó un concepto que ciertamente no era mio, y como quiera que ese concepto sea la base fundamental de toda nuestra controversia, permitidme que le explique, y permitidme que rechace las palabras del Sr. Nocedal.

Dice S. S. que yo no quiero más moral que la moral escrita en el Código penal. No. Eso no es completamente exacto. Yo digo que hay una ley moral divulgada en todas las conciencias, ley á la cual debemos ajustarnos para aspirar á la perfeccion en la vida; ley que exige el amor al bien sólo porque es bien y sin esperanza de premio, y el horror al mal sólo porque es mal y sin temor al castigo; ley que debe obligarnos á todos á proceder de manera que cada una de nuestras acciones pueda elevarse á ley universal de todo el mundo.

¿Es ésta una moral incompleta? Yo creo que es más perfecta que la moral que quiere cohibir el pensamiento, que la moral que quiere cohibir la voluntad, que quiere tener al hombre cohibido con el miedo del infierno. Y, señores Diputados, lo que yo decia es lo siguiente: «Que legalmente, que para el legislador no hay más accion inmoral que aquellas que están condenadas como faltas ó como delitos en el Código penal.» Esto es lo que yo digo, esto es lo que yo sostengo, porque los deberes morales son deberes perfectos, y los deberes legales son deberes imperfectos, y hay acciones legales que no son acciones morales, y hay acciones morales que no son acciones legales. Por ejemplo, en la constitucion de nuestra familia, la familia más afectuosa y más amante de toda Europa, mucho más afectuosa y mucho más amante que la familia inglesa, ¿no



creemos todos, no cree todo buen español que debe el sustento, la habitacion y el fruto de su trabajo á sus hermanas débiles? ¿No lo hace todo español que se precie de serlo? Pues si una hermana fuera á exigir en los tribunales el cumplimiento de este deber moral, ¿no encontraria que todos los tribunales la rechazaban por litigante impertinente? Y sin embargo, si un hombre dejara perecer á una hermana suya en la miseria pudiendo socorrerla, ése sería el más perverso y el más infame de todos los hombres ante la conciencia pública.

Hay otra consideracion más. La libertad quiere, el derecho liberal quiere que ningun individuo, que ninguna colectividad sean perseguidos sino por leyes anteriores á la comision de los delitos, y por delitos definidos ya en esas leyes. Y como quiera que lo que ha estado haciendo esta tarde el Sr. Ministro de la Gobernacion al definir la moral sea dar leyes que no tienen ningun valor, que no tienen ninguna sancion, yo me sublevo contra esta grande tiranía. Pues si nosotros hacernos á los tribunales jueces de la moralidad de nuestras acciones, nos podrán perseguir por una sonrisa, por una palabra mal sonante, por un gesto inocente; que todos éstos son actos inmorales, y sin embargo no caen bajo la sancion de la ley. Y si nosotros admitiéramos por un momento las doctrinas del señor Ministro de la Gobernacion, aceptaríamos la más grande de las tiranías; y como yo me rebelo contra toda tiranía, me rebelo contra las palabras del señor Ministro de la Gobernacion. Yo digo: ó los actos de la *Internacional* están definidos en el Código penal, ó no lo están. Si están definidos en el Código penal los actos de la *Internacional*, ¿por qué no han sido castigados en los tres años que lleva de vida? Si no están definidos en el Código penal, ¿por qué quereis cohibirla con

esa palabra *moral pública*, que es una palabra completamente vaga?

Pero el Sr. Nocedal me decia que al historiar yo la sociedad *Internacional* habia cometido muchas inexactitudes, si no en los detalles, si no en los hechos, en la tendencia de esa corporacion. Y añadia el Sr. Nocedal: «Yo voy á explicar la historia de la *Internacional*.» E historiaba así el movimiento liberal: «Unos cuantos abogados sin pleitos, unos cuantos médicos sin enfermos, se rebelaron y destruyeron la Monarquía, y si no destruyeron, quebrantaron la Iglesia.» ¿Pues qué fuerza tenía esa Monarquía secular? ¿Qué fuerza tenía esa Iglesia divina, cuando pudieron destruirlas ó quebrantarlas unos cuantos médicos sin enfermos y unos cuantos abogados sin pleitos? Y ademas, ¿es eso exacto, señores Diputados? Pues qué, Quintana, Muñoz Torrero, D. Agustin Argüelles, el Duque de Frias, don Juan Nicasio Gallego, el Conde de Toreno, ¿eran abogados sin pleitos y médicos sin enfermos? Pues qué, Turgot, Condorcet, el Marqués de Laffayette, Mirabeau, Voltaire, ¿eran abogados sin pleitos y médicos sin enfermos? ¡Ah! humildes serian, muy humildes, aunque no tanto ciertamente como aquellos pobres pescadores del lago de Tiberiades, que hambrientos, sin ningun patrimonio, vencidos de Roma, esclavos de sus procónsules, perseguidos como sus padres en Memphis y Babilonia, sin más recurso que sus pobres redes en la mano y su rica fe en el alma, tomando el báculo de los peregrinos y echándose á la espalda sobre la rota túnica las sandalias, fueron, cual movidos por una virtud magnética, cual llamados por una misteriosa voz, á la Roma de los Césares, y se alojaron bajo los circos, bajo los palacios, en las catacumbas, en las cloacas, y allí derribaron el paganismo y derribaron el imperio romano; como sus descendientes, los hijos de los siervos,



de los vasallos, de los proletarios, los liberales, derribaron un día vuestros Reyes absolutos y vuestros odiosos inquisidores! ¿Que ninguna institucion, por fuerte que sea; que ninguna institucion, por grande que sea, puede resistir á la explosion de la pólvora misteriosa que hay contenida en el seno de toda nueva y progresiva idea!

Señores Diputados, nos decia el Sr. Nocedal: «Este movimiento es un movimiento aislado, es un movimiento de rebeldía, es un movimiento nacido de ciertas pretensiones individuales.» Pues yo digo á S. S. que este movimiento es un movimiento humano, es un movimiento de toda la historia, es un movimiento que nadie puede contrastar, porque si estudiamos la historia vemos, y si estudiamos la fase de la vida humana encontramos, que en todo tiempo nuestro pueblo ha estado dentro del espíritu universal de la civilizacion europea.

Tuvimos el terror milenarismo cuando lo tuvieron todos los pueblos; nos entregamos al poder absoluto de los Pontífices cuando todos los pueblos se entregaban tambien, y cambiamos nuestro rito nacional por el rito latino. Si Europa tenía sus cruzadas para Jerusalem, nosotros las teniamos contra Córdoba y Sevilla. Si de las cruzadas surgian los elementos populares, de las guerras con los árabes surgian aquí las comunidades. Cuando el catolicismo llegó á su apogeo, nosotros contribuimos á él con las Partidas, que son en el derecho como la suma de Santo Tomás en teología. Cuando el catolicismo comenzó á decaer, sintióse aquí tambien su decadencia en la sonrisa de nuestros escritores que apuntaban la duda, y en la política de nuestros Reyes que fomentaban el cisma. Cuando la humanidad se reconciliaba con la naturaleza, á esta reconciliacion contribuimos nosotros con el doble descubrimiento de las

Indias Orientales por los portugueses y las Indias Occidentales por los castellanos. Reformadores tuvimos cuando estalló la reforma. Nuestro Lutero es Cazalla, es Constantino. A la Monarquía universal aspiramos con Carlos V cuando las Monarquías se fundaban. Y si fuera decaian tristemente en los últimos tiempos de Luis XIV, y al entregar Carlos I su cabeza al verdugo, aquí decaian tambien tristemente en la oprobiosa personificacion de Carlos II. Si los filósofos subieron á los tronos, aquí tambien subieron justamente, como en todas las naciones, á fines del pasado siglo. Y por consecuencia, la revolucion liberal ha sido incontrastable, porque nada pueden, nada, contra estos grandes movimientos del espíritu humano los conjuros neo-católicos.

Pero, señores, el Sr. Nocedal nos decia, y lo que el Sr. Nocedal quiere ya lo sabemos, nos decia: «¿Sabeis cuál fué el tiempo en que comenzó verdaderamente la decadencia de la Nacion española? Pues fué en aquel tiempo de cólera en que Doña María Cristina entraba por una de estas puertas, ó de un edificio análogo á éste, y juraba el Estatuto y reunia las Cortes.»

Pues qué, ¿el Sr. Nocedal echa de ménos lo que se destruía en aquel momento supremo? ¿Echa, por ventura, de ménos aquella forma de gobierno, en que era posible que una Reina trajera aquí la invasion extranjera, sólo para buscar en los furgones de Napoleon una Corona que ceñir Godoy? ¿Echa de ménos aquellos tiempos en que los Reyes iban á Bayona y cedian la gran nacionalidad española, con las Américas y todo, esta tierra empapada con la sangre de tantos miles de generaciones, como si fuera un predio, como si los españoles no fueran más que un hato de ganado de aquellos Reyes? Pues qué, ¿por ventura echa de ménos aquel absolutismo que vino aquí con los flamencos so-